

De autores y textos en el olvido: Manuel Paso

MARTA PALENQUE

Al evocar Juan Ramón Jiménez sus lecturas juveniles, en 1953, menciona los nombres de algunos de los poetas más sobresalientes de la poesía hispánica decimonónica, cuya huella se advierte, sobre todo, en sus primeros libros; son los de Gustavo Adolfo Bécquer, Rosalía de Castro, Curros Enríquez, Jacinto Verdaguer y Vicente Medina. Añade otro que, casi con toda seguridad, le resultará menos familiar al lector de estas líneas: el de Manuel Paso. Escribe: «También leía a un poeta granadino, Manuel Paso, hoy injustamente olvidado, y de donde yo tomé mis *lunas amarillas*», y cita:

...la luna amarilla
se refleja en los campos desiertos.

Estos versos pertenecen a «Nieblas», texto incluido en el único libro de un poeta bohemio más desconocido aún en la actualidad que cuando Juan Ramón recordaba. Se trata del igualmente titulado *Nieblas. Poesías*, publicado primero en 1886, y reeditado, con sucesivas ampliaciones, en 1900 y 1902. Esta última edición, que es la que utilizo aquí, es ya póstuma y lleva un emotivo prólogo del que fuese íntimo amigo y compañero de correrías nocturnas del autor, Joaquín Dicenta, y unas palabras intercaladas en el texto de José Ortega y Munilla (datos editoriales: Madrid, Imprenta de R. Velasco). Como cabía esperar, la fina sensibilidad juanramoniana no erraba: los poemas contenidos en *Nieblas* merecen ser reproducidos de nuevo. El objetivo fundamental de este breve comentario es crear un contexto mínimo para introducir una selección antológica del citado volumen.

Manuel Paso y Cano (Granada 1864-Madrid 1901) forma parte de la primera promoción bohemía española en la que encontramos también, entre otros, a Alejandro Sawa, Eduardo Zamacois, Luis Bonafoux, Antonio Palomero, Pedro Barrantes, José Nakens o Joaquín Dicenta. Son los primeros

modernistas, la llamada *gente nueva* como oposición a los escritores realistas de la Restauración (la *gente vieja*). Conflictivos y beligerantes, muestran su descontento con la situación social y política que atraviesa el país en las últimas décadas del siglo XIX y desprecian las normas de la sociedad burguesa en su vida alejada de la mediocridad al uso. Bohemios de tertulias de café y de excesos noctámbulos y alcohólicos (de los que Paso sería víctima), pero, también, bohemios reunidos en las redacciones de periódicos progresistas como *Democracia social* o *Germinal*, desde cuyas páginas denunciaron la inepticia de la clase política responsable de lo que se llamó el «desastre del 98». La figura del bohemio es, entonces, la de un antihéroe en continua lucha y desafío con una burguesía materialista e inconsciente, culpable del descalabro que sufre la España finisecular. Parcialmente, y según se ha repetido, esta figura viene a ser el correlato de los protagonistas del libro de Enrique Murger *Scènes de la vie de bohème* (1851), inspirador, a su vez, de *La bohème* de Puccini. Es este el ambiente que retrata Rafael Cansinos-Asséns en el primer tomo de su libro de memorias *La novela de un literato* (cubre los años 1882 a 1914), recientemente reimpresso en Alianza Editorial.

Centrándome en Manuel Paso, si bien ejerció también como periodista y coautor del libreto de algunas zarzuelas con Joaquín Dicenta, nos hallamos, sobre todo, ante un poeta: en este género encierra Paso lo mejor de su sensibilidad. Autor preocupado por la realidad de su tiempo, en *Nieblas* se advierten tanto sus intereses e inclinaciones sociales como poéticas. Si, por un lado, se leen composiciones sentimentales de herencia romántica (Hugo, Zorrilla...) y marcadas por el influjo becqueriano («Nieblas», «Estrofas», el poema de tema oriental «Zahara»...), por otro, se encuentran versos de fuerte conciencia social: «A Cristo (desde la fábrica)», «Los segadores», «Lux Aeterna», «Entre hermanos» (los dos últimos, publicados en *Blanco y Negro* en 1898, están dentro del tono crítico noventayochista

ante la pérdida de las colonias. Fernando Ortiz se detiene en el comentario de «Entre hermanos» en un artículo de 1981)... En concreto, en el último fragmento de «Las doce de la noche», y tras describir con adjetivación acre, aunque no exenta de una cierta ternura, a los habitantes del triste y miserable mundo de la noche madrileña, a los desheredados, Paso defiende la necesaria función social del artista. Al llegar la media noche el poeta invoca a los sujetos capaces de remediar tanto dolor, tanta injusticia; y no son seres maléficos ni mágicos los invocados, no es una llamada a fuerzas supraterrénas, sino una dirigida a individuos cercanos: a los artistas y a los intelectuales

¡Sabios y artistas, elevad la frente,
vuestro ha de ser el porvenir eterno!
En las auroras increadas late
la luz que adivinó vuestro deseo;
romped por fin las frágiles barreras
que estorban y embarazan los progresos.
.....
¡Artistas, a luchar! y si cobarde

alguno siente la ruindad del miedo,
¡fuego encendido que del cielo caiga
le abraze el corazón y el pensamiento!

Estas dos vertientes de su poesía, la sentimental y la social, son las que refleja esta selección antológica.

BIBLIOGRAFÍA

(Anoto sólo aquellos estudios centrados en la obra de Manuel Paso)

FERNANDO ORTIZ, «Manuel Paso: Crítica del colonialismo español en la obra de un poeta granadino», *Ínsula*, núm. 413 (1981), 4.

ALLEN W. PHILLIPS, «El torno a la poesía de Manuel Paso, olvidado escritor granadino», en *Estudios en honor a Ricardo Gullón*, Nebraska, Society of Spanish and Spanish American Studies, 1985, 263-278.

F. TORRES RODRÍGUEZ, «Manuel Paso, premodernista», en *Actas del Congreso Internacional sobre El Modernismo español e hispanoamericano*, Córdoba, Diputación, 1987, 465-471.

A Cristo (desde la fábrica)

Te llaman la miseria y los pesares,
hambre que gime, cólera que estalla,
y en el rudo trajín de la batalla
tus hijos que se matan a millares.

Oficia la mentira en tus altares
y gobierna tu pueblo la canalla,
oye si no la voz de la metralla
que clama por la tierra y los mares.

La dinamita a voces te ha llamado.
«Nada hiciste al morir» — grita iracundo
este pueblo irredento y desquiciado;

pide tu sangre, manantial fecundo.
¡Baja otra vez a ser crucificado!
¡Vuelve, Señor, a redimir al mundo!

Lux Aeterna

No ha mucho que tronaron los cañones...
¡Clamen desconsoladas las campanas,
y sus acentos de dolor penetren
como un cuchillo que nos parta el alma!

.....
Mirando cara al sol todos se fueron,
y pensando triunfar en la batalla,
sobre los verdes lomos de los mares
llevaron un fusil y una esperanza.
Era la plena juventud, la vida,
el alma entera de la Madre Patria,
que fue en los tracioneros maniguales
jamás vencida, siempre asesinada.
¡Infelices de aquellos que se fueron
y nunca volverán! ¡Los que pensaban
morir, pero al morir nunca soñaron
con hallar sepultura en tierra extraña!

Nieblas (Fragmento)

I

Casi en el arranque
de Sierra Nevada;
allí, donde crecen
al soplo del aura,
campanillas, violetas y nardos,
hay una casita
como una paloma blanca.

Las enredaderas
suben por la tapia,
y en el borde forman
plumeros de ramas,
y corre tranquilo un arroyo
que es nieve deshecha
en menudos cristales de plata.

Formando en la puerta
dosel de esmeraldas,
indócil sus hojas
extiende una parra,
espléndido y rico palacio
de los gorriones
que voltean, y pican y cantan.

Las primeras luces
tímidas del alba,
se paran temblando
sobre la ventana,
toda llena de frescos claveles,
que abiertos al día
aparecen cuajados de lágrimas.

Allí vive Rosa
feliz, encerrada,
como vive el pájaro
dentro de la jaula,
sin angustias, ni dudas, ni penas,
cosiendo y cantando
con la mente de sueños cargada.

¿Te acuerdas? Yo iba
todas las mañanas;
corrías, riendo,
la verde persiana;
¡te acuerdas! ¡yo estaba temblando!
¡Tú siempre reías,
yo siempre temía y dudaba!

Una vez, fingiendo
estar descuidada,
al suelo arrojaste
un ramo de albahaca.



¡Te acuerdas!... ¡Yo estaba temblando,
dejaste la reja
encendida de fuego tu cara!

Caía la tarde,
¡te acuerdas, mi alma!
lejos, en el soto,
cantó una gitana.
Escuchamos los dos con angustia;
la voz dijo al viento
expirando, al perderse en las ramas:

«¡Permita Dios de los cielos
que como me matas mueras,
y que te miren mis ojos
querer, y que no te quieran!»

Tú... te sonreíste,
yo, lloré de rabia.
Ya casi de noche
regresé a mi casa.
¿Qué tienes? — mi madre me dijo.
Yo le dije: —¡Madre!
¡malhaya del hombre que ama!
[...]

Nieblas (Fragmento)

¡Ya pronto anochece!
¡Qué triste está el cielo!
El aire cimbrea
los álamos secos;
ya hay nieve en la cumbre del monte;
la luna amarilla
se refleja en los campos desiertos.

Ya tienden las aves
medrosas el vuelo,
ya chillan los búhos,
¡ya viene el invierno!
Ya empiezan las noches lluviosas,
¡qué largas! ¡qué frías!
las noches del mes de los muertos.

Me abrasan tus manos,
me hielan los besos
que brotan tus labios
violados y secos.
¡Qué pálida estás, vida mía!
¡Qué aprisa respiras!
No tan cerca... me quema tu aliento.

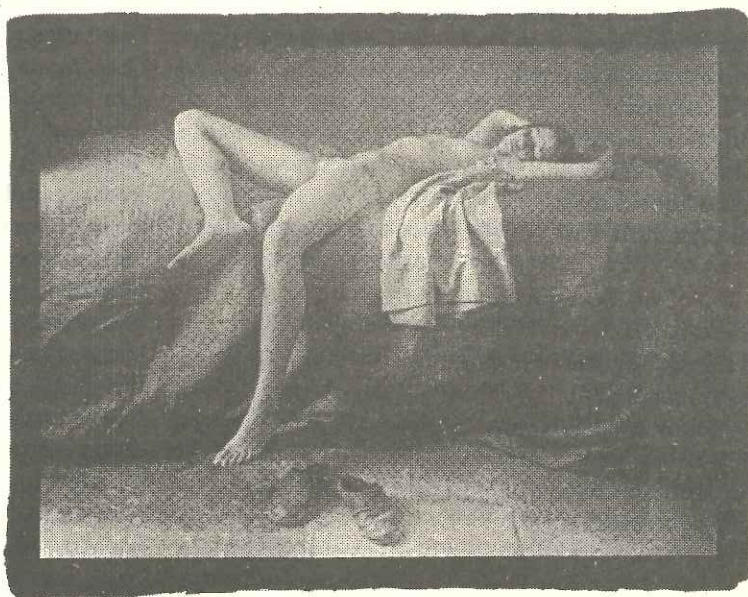
¡No llores! ¡no llores!
por Dios te lo ruego;
clava en mí tus ojos,
que miren serenos;
no me mires así... de ese modo,
te flota en la vista
algo vago que luce siniestro.

Ven a la ventana,
ya el aire sereno
sacude la lluvia en las hojas,
la palma vacila
a los dulces embates del viento.
[...]

Estrofas (Fragmento)

II

Yo he cruzado en corceles briosos
la tierra, el espacio, los astros y el cielo,
y he nadado en la luz y he corrido
inmensas distancias de espacios inmensos.
Yo miré cómo nace en la nube
la perla de nieve teñida de fuego,
a mis plantas naciendo esa aurora
que alumbra la tierra con vagos destellos,
a la par que mi frente bañaba
esa aurora divina que brilla en los cielos.
Yo he logrado pasar los umbrales
donde reina absoluto el silencio,
¡y por fin, dilatando mi alma,
he logrado en mi alma encerrar todo esto!



La siega

Al terminar la noche,
negra y sombría,
cuando el sol aún no luce
sus resplandores
y apenas perezoso
despunta el día,
van por la carretera
los segadores.

Retostaron sus caras
el sol y el viento.
Por los linderos cruzan
de los bancales,
y en sus caras morenas
brilla el contento,
mientras sus hoces brillan
como puñales.

A las primeras luces
de la mañana,
el sol su toldo tiende
de fuego y oro,
y a tierra va la espiga
que se desgrana, y cae sobre la era
como un tesoro.

La tierra huele a incendio,
trajín de un horno,
que pasa como lumbre
por la garganta.
Y no se ve en las horas
de aquel bochorno
más que una golondrina
que vuela y canta.

Quizá su canto anuncia
nuevas auroras;
quizá anuncia al trabajo
días mejores,
mientras que sudorosos
pasan las horas,
trabaja que trabaja,
los segadores.

Con el cuerpo encorvado
por la fatiga,
el segador trabaja
de sed rendido:
se inclina hacia la tierra
la rubia espiga,
mientras del cielo baja
fuego encendido.

Algo le quema entonces
el pensamiento;
y mientras resignado
sufre sus males,
una idea en sus ojos
brilla un momento,
mientras las hoces brillan
como puñales.

La media noche(Fragmento)

II

Es ya la media noche;
las aves anidaron
en los abiertos muros
del templo solitario,
y acurrucadas chillan
sobre los rotos arcos.
¡Es ya la media noche,
y en los erguidos álamos
la luna resplandece
con soñolientos rayos,
volcando en la planicie
sus batimentos largos,
las agrandadas sombras
del viejo campanario!

.....
Los ángeles de piedra
suspensos en el atrio,
estiran y sacuden
sus músculos de mármol;
las vírgenes del pórtico
envueltas en su manto,
penetran en la nave
con cirios en la mano.

.....
Las lámparas se encienden
con resplandores vagos
y doblan las campanas
con eco prolongado.
Se salen las figuras
del fondo de los cuadros,
y allá en los rosetones los bienaventurados
sus túnicas de vidrio
desplegan por los ámbitos,
los místicos relieves
reviven palpitando;
florece los adornos,
se animan los retablos,
y dejan sus altares
las vírgenes y santos
[...]